

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 39 (2012)
Heft: 3

Artikel: O todo o nada - pero nada entre medias
Autor: Di Falco, Daniel
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-908530>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 03.04.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

O todo o nada – pero nada entre medias

¿«Rousseau para todos»? Antes de simplificar demasiado las cosas en lo referente al pionero de la ecología, el precursor del movimiento Occupy y el padre de todos los senderistas intentemos, en su tercer centenario, ponerle en su justo lugar.

Por Daniel Di Falco

Mientras viven no se les da importancia, cuando mueren se les encumbra y se aprovecha de su fama – éste es el típico destino de las grandes figuras. No es diferente en el caso de Ginebra y Jean-Jacques Rousseau, el filósofo, pedagogo, escritor, compositor y botánico. Pero con un cariz algo más dramático.

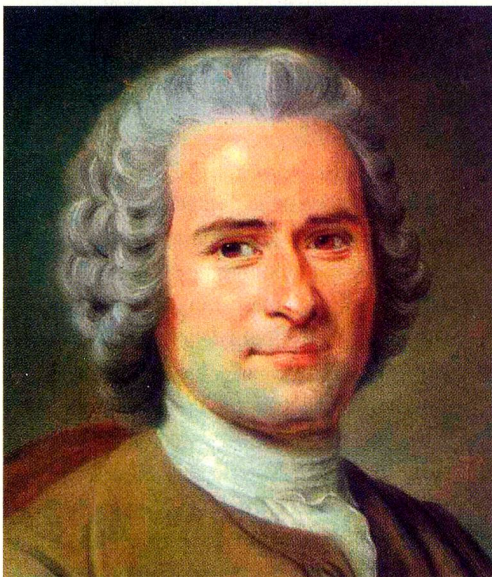
9 de junio de 1762: En un coche de caballos huye un hombre de París, acosado por la orden de busca y captura por su «Emilio», la novela que, además de su pedagogía de la reforma, incluye el reconocimiento de profesar una religión sin iglesia. La policía ha confiscado los libros a la salida de la imprenta; por decreto del Parlamento son destruidos y quemados en el patio del Palacio de Justicia. Rousseau llega a Ginebra y espera ser acogido en esa ciudad donde nació el 28 de junio de 1712. «Citoyen de Genève», así se llamaba a sí mismo siempre con orgullo, declarando a Ginebra como «modelo para todos los demás pueblos».

Ginebra le recibe – como persona non grata. Y además de «Emilio», los dirigentes municipales prohíben asimismo inmediatamente su obra «El contrato social». Dictan una orden de busca y captura contra él; esta vez sus libros son quemados delante del ayuntamiento, él sigue huyendo y sólo en Neuchâtel, entonces bajo soberanía prusiana, recibe temporalmente asilo, tras ser rechazado también por los berneses. En el exilio, Rousseau se vengó con una guerra publicística contra los ginebrinos; en una carta comunica al alcalde que renuncia a su ciudadanía.

¿Y en 2012? Ginebra le hace una magnífica tarta para su III centenario – apenas pasa un día sin celebraciones. Además, se ha renovado la Île Rousseau incluida la estatua dedicada a él y la ha adornado con chopos frescos, un nuevo centro literario lleva su nombre, y la Sociedad Rousseau, que publica sus obras completas, recibe ahora cuantiosas subvenciones. El legado de Rousseau es parte del Patrimonio Mundial de la Unesco, y su nombre

se ha convertido en un capital turístico: junto con Dunant y Calvino simboliza la universalidad de Ginebra, el «esprit de Genève». Hay que destacar que en las guías oficiales de viaje se menciona abiertamente el hecho de que en su día fue desterrado y sus libros fueron quemados, «por miedo a los vientos revolucionarios que traían sus ideas».

Naturalmente, todo esto ha llevado su tiempo. La estatua de la isleta en pleno Ró-



Jean-Jacques Rousseau retratado por Maurice Quentin de la Tour (1753)

dano es obra de los revolucionarios de 1846; veneraban a Rousseau como precursor de la democracia, con lo que provocaron a los viejos poderes ginebrinos, los patricios y la iglesia; para ellos, Rousseau era un descreído y el ideólogo del terror revolucionario en Francia. Los enfrentamientos continuaban incluso en 1878, año del centenario de su muerte, pero ya en la conmemoración de 1912 no quedaba rastro de los viejos litigios: su segundo centenario fue una fiesta popular, los ginebrinos se habían reconciliado con ellos mismos, apropiándose de los aspectos menos explosivos de Rousseau. «Rousseau pour tous» – este es el lema del III centenario que se celebra este año.

¿Rousseau para todos? Rousseau para todos y Rousseau para todo. En marzo se erigió en Nueva York una tribuna en su honor en la que, junto a políticos, participaban científicos, un representante de «Occupy Wall Street» y Pascal Couchepin, que no tuvo ningún inconveniente en responder a la pregunta de qué diría Rousseau sobre el estado actual de las democracias. Dijo que se preocuparía de las mismas cosas que se

preocupa este antiguo consejero federal: la creciente desigualdad social, la disminución progresiva del civismo y el poder del dinero en la política. Que la industria financiera «confisque una parte tan considerable del valor añadido», dijo Couchepin, habría sido criticado por Rousseau como «feudalismo». Y así una cosa llevó a la otra: Rousseau es la voz del estadista del Palacio Federal, del activista anticapitalista de la calle y del filósofo del siglo XVIII.

Mil respuestas

¿Pero no fue él mismo quien dijo que el «sistema financiero» amenaza a cualquier república, y ya el concepto de finanzas es una «palabra de esclavos»? Lo dijo, sí, en «El contrato social». Y dijo mucho más, tanto que basta para dar mil respuestas a la pregunta de qué validez tienen sus ideas actualmente. Rousseau fue el primero que designó al pueblo como soberano, y por eso es el patrón de los «indignados» y de los «ciudadanos enfurecidos» que luchan contra la arrogancia de los dirigentes. También fue él el primero que se enfrentó tan radicalmente al poder de la ciencia y la técnica – en nombre de la naturaleza y la moral. Y aunque entonces no existían todavía esos conceptos, hoy sería un ecologista, un verde, un crítico del crecimiento. Desmontó el mito de las bendiciones del progreso y desveló otra verdad: el triunfo de la razón despoja al hombre de su humanidad y su empatía.

Y... ni hablar de raciocinio: Rousseau liberó al sentimiento de sus ataduras. «Yo soy mi corazón», dijo, y probablemente nunca haya habido un filósofo que haya hecho tanto por la buena reputación de los sentimientos y la conciencia. Enfrentó a la sociedad, a un corsé de convenciones y exterioridades, con el «hombre natural», lo sincero y auténtico, lo original e inmediato. En este espíritu se basa hoy la conciencia de la justicia social, la lucha por los derechos humanos, el compromiso humanitario.

Intemporalidad y actualidad

¿Hace falta algo más para demostrar la modernidad de este tricentenario? También se le podría honrar como primer padre de todos los que abandonan las convenciones sociales, por su aislamiento en la isla St. Peter en el lago de Biel en 1765. Como precursor del senderismo, por su adición a los paseos y su entusiasmo por la naturaleza. Como pionero de la vida en el campo, por su animadversión a las ciudades y su amor a la vida rural. Y alguien también ha afirmado este año que sin Rousseau no habría alimentos orgánicos.

¿Rousseau para todos? Rousseau en todos. La pregunta a plantearse es lo que queda de él. Parece que este Rousseau influyó de tal manera en la ideología occidental que actualmente nos lo encontramos en cada rincón de nuestra propia imagen. Efectivamente, daba una impresión de sostenibilidad y solidez; ideas que motivaron una orden de busca y captura son hoy en día de sentido común. ¡Enhorabuena, Rousseau! Podríamos agradecerle habernos convertido en todo lo que somos, y hacerlo durante todo el año de su tricentenario.

Pero esto no resultaría particularmente interesante, y confundiríamos dos cosas: la intemporalidad y la actualidad. ¿Rousseau como precursor de todo y todos? En ese caso podríamos igualmente volver a olvidarlo. ¿Entonces qué nos enseña que no hayamos interiorizado hace tiempo? Si hoy en día Rousseau significa algo para nosotros es como intranquilizante, no como tranquilizante; como alguien que no quería confirmar las certidumbres de sus coetáneos, sino tirarlas por la borda.

Retrocédamos pues al año 1750. Si el boom de las ciencias contribuyó a «elevar la moralidad» es la pregunta del millón en el concurso convocado por la Academia de Dijon para eruditos. La respuesta de Rousseau en

su ensayo del «Discurso sobre las ciencias y las artes», sobresalta a Europa y le lanza de golpe a la fama. Gana el concurso con la turbadora reflexión de que el desarrollo de la civilización es en realidad la historia de la decadencia y la ruina, porque opina que, en «estado natural», el hombre vive independiente y libre, sin embargo en sociedad es como un esclavo con cadenas cada vez más apretadas – según él, el mal radica en la misma esencia de la sociedad. Es fácil imaginarse el escándalo que suscitó semejante afirmación en la era de la Ilustración, que festejaba la continuada y forzosa mejora de la vida a través de la ciencia y la técnica.

Rousseau abre bruscamente el abismo en torno al cual edificará toda su filosofía: La naturaleza es buena, la sociedad mala. Doce años después se publican casi simultáneamente sus obras principales, los dos libros que le convirtieron en refugiado político en 1762, e incluso aunque parezca que «El contrato social» y «Emilio» son intentos de superar ese abismo, lo cierto es que lo hacen aún más profundo.

Teoría y práctica en la democracia

Supongamos que existiera un Estado, uno razonable y ninguno más de éstos en los que la iglesia y el rey enmascaran su tiranía como mandato divino: ¿Cómo debería surgir y fundarse una república así? Ese es el tema del «Contrato social». Ya toda una serie de filósofos que le precedieron expresó claramente la idea, de que un Estado sólo es justo si se puede basar conceptualmente en un «contrato», una agrupación de hombres libres e iguales. Pero Rousseau rechaza todas las propuestas y declara más rotundamente que sus predecesores la libertad y la igualdad como modelo para solucionar el problema de cómo aunar la naturaleza humana y el poder político: «Hay que inventar un tipo de sociedad en la que cada individuo en unión con todos, sólo se obedezca a sí mismo y quede tan libre como antes.» Y lo único que se debería poder imponer sobre el individuo es el Derecho.

Suena como una frase que todos suscribiríamos. Está claro que todos somos demócratas libres, está claro que no obedecemos a personas sino a leyes, pero Rousseau no tarda en mostrar que esto es sólo una teoría y que siempre deberá serlo: ya un simple parlamentario se eleva sobre los demás ciudadanos, una vez que es elegido. Y sobre las leyes, sobre todo si las hace él. «Desde el preciso

momento en el que un pueblo elige a representantes ya no es libre», escribe Rousseau; lo que él reivindica es un Estado sin políticos, un Gobierno sin organismos oficiales – cosa impensable en las condiciones de vida actuales.

Además, en su república absoluta hay un bienestar social absoluto, un interés que se ha hecho estatal y de todos en cuanto a la igualdad y la libertad, que nunca puede pasarse por alto, ni siquiera en un referéndum. «Esto presupone que todos los distintivos de esta voluntad común también se reflejan de verdad en la mayoría de votos. Y si éste no es el caso, deja de haber libertad.»



Estatua de Rousseau en la Isla St. Peter, en el lago de Biel.

También esto chocha frontalmente con el concepto actual de democracia, según el cual existe una rivalidad de intereses y la mayoría decide.

Hombre o ciudadano

No obstante, para Rousseau no hay nada que negociar en este asunto: hay libertad e igualdad o no la hay. Su «Contrato social» tampoco es un esbozo de república ideal, sino más bien la prueba de que, ya en sus tiempos, era imposible que existiera un Estado justo y el hombre, como ciudadano, ha perdido la causa del reino inicial de la libertad y la igualdad. ¿Y actualmente? Aquí Rousseau aparece como un aguijón clavado en la piel de la democracia real. ¿Qué pasa con los que obtienen sólo una minoría? ¿Qué ocurre con las

decisiones populares que hacen caso omiso del precepto de la libertad y la igualdad? ¿Puede existir una instancia que con medios ilícitos garantice que las leyes sean vigentes? La actualidad de Rousseau es el saludable desconcierto de lo que en realidad queremos decir cuando nos proclamamos demócratas. Con el «Contrato social», Rousseau suelta la república, y eso tiene consecuencias. El mismo año publica su «Emilio», un tratado de pedagogía disfrazado de novela, en el que no se habla de la educación pública. La pedagogía actual ya no puede tratar del civismo ni del espíritu colectivo: «Hay que elegir si se quiere educar a una persona o a una ciuda-

vez el abismo de Rousseau: por un lado la educación natural, por otro lado la pública; por una parte el bienestar del individuo, por otra parte su integración en la sociedad.

El héroe de la novela se cría aislado en el campo, bajo la custodia de un preceptor llamado Jean-Jacques (Rousseau, naturalmente). Emilio deberá a conocer su libertad innata, gracias a la cual luego triunfará afuera, en la vida; a esta preparación, el preceptor dedica cada día y todas sus energías durante dos decenios. Y luego sale todo mal: al final vemos a un descontento solitario, varias veces derrotado por la adversidad. «Todo se ha desvanecido como un ensueño», escribe Emilio a su preceptor. «Siendo joven aún, lo he perdido todo: mujer, hijos, amigos, finalmente todo, hasta el contacto con mis semejantes. Se me partía el corazón con todos sus apegos.»

El joven se hundió – en esas profundidades de la época que Rousseau vuelve a presentar a su público: El hombre es «bueno por naturaleza», pero entre él y la sociedad no puede haber un acercamiento. Además, fracasa la visión de una vida pletórica, porque para ello haría falta un control absoluto del educando. Y tan imposible como resulta una república que reconcilie al hombre con el ciudadano, lo es una educación que debería resistir la contradicción de individuo y sociedad. El diagnóstico de Rousseau vuelve a ser descorazonador y una vez más no corresponde para nada con nuestra idea del gran benefactor que encontramos en todas partes en su tricentenario.

Principios y realidad

El 28 de junio, Jean-Jacques Rousseau cumpliría 300 años. Sus obras principales, 250, y se convirtieron pronto, pese a sus reiteradas negativas al respecto, en libros de recetas y guiones, en Biblias de la revolución – «El contrato social» para una de tipo político, «Emilio» para una de tipo pedagógico. Y, sin embargo, para Rousseau estaba claro que el desarrollo de la civilización es irreversible. ¿Volver a la naturaleza? El eslogan determina la imagen del filósofo, pero no viene de él. Rousseau descarta estrictamente un retorno así, no pregona utopías, y mucho menos una vuelta atrás; todo lo que puede ofrecer es una sólida visión de la catástrofe y las contradicciones hacia las que la vida moderna precipita a la humanidad. Así que se interpretara su «Emilio»: «Este libro tan leído, tan poco comprendido y tan

mal interpretado sólo es un tratado sobre la bondad natural del hombre destinado a mostrar hasta qué punto los vicios y los errores, ajenos a la naturaleza intrínseca del hombre, se introducen en él desde fuera y le van transformando inadvertidamente.»

En principio, sin duda. Pero Rousseau es un hombre de principios y buscar el sentido de la realidad en él es una tarea imposible. Quizá ya eso mismo sea una provocación en una época como la nuestra, que adora ante todo las «soluciones» – Rousseau no participa en este juego. Nos habla de principios que rigen, de democracia o educación adaptada a los niños, y sus libros son las pizarras en las que muestra lo que a fin de cuentas queda de todo ello.

De su enemigo acérrimo Voltaire, el gran pensador de la Ilustración, se conserva una nota al margen que escribió en uno de los libros de Rousseau: «Siempre exageras en todo.» Pero justamente porque era tan categórico e inexorable, las demostraciones de Rousseau en la pizarra son hasta hoy difíciles de refutar. Y en cuanto a los principios, al final ha quedado menos de lo que podría esperarse. En el caso de Rousseau esto no habla en contra de los ideales, para él muy importantes. Lo que fracasó fue más bien la realidad construida a partir de los mismos. El hecho de que continuamente fracasamos en la búsqueda de nuestras propias ambiciones es el recuerdo con el que Rousseau nos incomoda, nos molesta. Y hoy todavía nos levanta del sofá.

DANIEL DI FALCO es historiador y redactor de la sección de cultura y sociedad del «Bund» en Berna

ROUSSEAU 2012

Exposiciones, conferencias, óperas, obras de teatro, lecturas, conciertos, películas, discusiones, guiadas de la ciudad: Rousseau en todos los canales. Ginebra es el epicentro de este año del III centenario, cuyo punto culminante es un «banquete republicano» y un espectáculo multimedia en el parque La Grange para conmemorar el tricentenario de Rousseau el 28 de junio. El nuevo programa se encuentra en: www.rousseau2012.ch. Además habrá eventos para la conmemoración en el cantón de Neuchâtel (www.rousseau300.ch, www.neuchatel-tourisme.ch) y en el lago de Biene. (www.biel-seeland.ch).